

El mito en la literatura como configuración de una identidad cultural (A propósito de una novela de J. J. Armas Marcelo)

Francisco J. Quevedo García

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

RESUMEN

El mito ha sido y es una de las claves de la cultura de Canarias. Desde el mito platónico de la Atlántida, se han generado hasta nuestros días diversos mitos que han encontrado en la literatura un soporte ideal para su difusión y para su recreación. De este modo, la literatura ha servido para registrar la identificación que una cultura lleva a cabo a través de una de sus manifestaciones más singulares. Por otra parte, el mito capta la atención del lector, cuestión siempre importante en la enseñanza de la literatura.

En este trabajo pretendemos ejemplificar con el estudio de *Madrid, Distrito Federal* —una novela del autor canario J. J. Armas Marcelo— la implicación del mito en la literatura como referente de la cultura en la que se integra.

ABSTRACT

Myth has been and still is one of the keys components of Canarian culture. Since the platonic myth of Atlantis, a diversity of myths —often spread and recreated through literature— has been generated until the present. In fact, literature has been used as a vehicle to register the identification between culture and myth. On the other hand, myths are attractive to readers, important fact when dealing with the teaching of literature.

Through the study of *Madrid, Distrito Federal*, by the Canarian novelist J. J. Armas Marcelo, this paper aims to illustrate the implication of myth in literature as a referent of the culture in which it is integrated.

La oyó de labios de quienes respetaban la leyenda hasta transformarla en un mito de la tierra insular no sólo por un elemental respeto de las cosas del más allá (y las supersticiones que provocan tales creencias siempre inexplicables desde el sentido común), sino porque además en algún rincón oscuro aquella mujer que arrastraba su alma en pena por las arenas de las playas limpias de Mafasca era (había sido y continuaba siendo) uno de ellos, carne de su pasado y de sus propias idolatrías.

(J. J. ARMAS MARCELO,
Madrid, Distrito Federal)

1. Mito, cultura y ficción literaria

Claude Lévi-Strauss, en su obra *Mito y significado*, publicada por primera vez en Toronto en el año 1978, cuestionaba un estado de homogeneización cultural que acentúa su vigencia en estos metros finales del siglo veinte. Habla Lévi-Strauss de la dinámica —sustentada en el cada vez más amplio conocimiento que tenemos de todo lo que nos rodea en un espacio que al mismo tiempo se extiende en todas las direcciones— de configuración de una cultura única para todos los habitantes del planeta. Sin embargo, a pesar de que lanzaba la voz de alarma al respecto, puntualizaba a renglón seguido lo siguiente:

No creo que esto vaya a suceder, porque siempre funcionarán tendencias diversas y contradictorias —por un lado en dirección a la homogeneidad y, por otro, a favor de nuevas diferenciaciones—. Cuanto más homogénea se torna una sociedad, tanto más visibles serán las líneas internas de separación, y lo que se ganó en un nivel se perderá, inmediatamente, en el otro. Ésta es una creencia personal, y no tengo pruebas claras que aseguren el funcionamiento de esta dialéctica. Pero ocurre que en realidad no consigo entender cómo la humanidad podría vivir sin algún tipo de diversidad interna¹.

Este planteamiento de Lévi-Strauss fundamenta la identificación cultural de una comunidad con aquellas características que le confieren unos rasgos diferenciales en relación a otros ámbitos. Entre esas características que configuran una identidad cultural se halla el mito, que analizaremos, en este trabajo

1 LÉVI-STRAUSS, C. (1990): *Mito y significado*. Madrid: Alianza, 42.

en concreto, a partir de la importancia que éste ha tenido y tiene en la cultura de Canarias. Todo surge a través de la constatación de un hecho obvio en la escritura de estas islas, como correlato de una entidad histórica y geográfica propia: la aparición y supervivencia del mito. En la literatura canaria se recogen numerosas referencias al mito. De hecho, tal y como ha afirmado Sebastián de la Nuez, «precisamente nuestra literatura se pone en marcha con la presencia del mito creado con las ‘Coplas a la muerte de Guillén Peraza’, mito de los conquistadores que venía a destruir otro mito de los pueblos invadidos: el de los dioses o héroes invencibles, demostrando que también éstos podían ser destruidos por la muerte»². Son variados los motivos insertos en la tradición de las islas que se recrean literariamente con el ánimo de subrayar un espacio y una cultura diferentes. No queremos llegar, sin embargo, al extremo de singularizar tanto el componente mítico que se observa en Canarias hasta el punto de creernos que las manifestaciones que aquí se producen son exclusivas de este entorno. Luis León Barreto, autor entre otras obras de *Las espiritistas de Telde*, una de las novelas de mayor calado de la narrativa canaria, ha señalado, en un trabajo titulado «Atlantismo y magia: de San Borondón a los satélites», la aparición de determinadas leyendas en diversos lugares distantes que han padecido como rasgo común el aislamiento. Para este autor, la necesidad de superar la soledad que repercute en los seres que habitan tales contextos físicos, así como las dificultades implícitas a esos ámbitos en materia de educación, de recursos científicos, etcétera, fomentan la manifestación y el desarrollo de creencias que van a encarnar un significado especial dentro de su cultura. Archipiélago, para León Barreto, «no quiere decir muchas islas juntas, sino muchos mares juntos, y la carencia de espacio genera una presión cotidiana, apreciable no sólo en la cultura sino también en cualquier actividad profesional, en la política, en la vida empresarial, etcétera; una sociedad desvertebrada, de hombres en soledad, se constituye para afirmar el propio espacio, frente al vacío circundante y totalizador [...] Ante la inmensidad tenebrosa la gente recurre a la magia cuando se siente agobiada por el pulso de la realidad, y ello ocurre con frecuencia»³.

Apuntada la argumentación que León Barreto hace en torno a la base común que se establece entre culturas distantes que, sin embargo, participan de una realidad geográfica, política y social parecida, hemos de insistir en la parti-

2 NÚEZ, S. DE LA (1997): «El mito del hombre primitivo», in DIEZ DE VELASCO, F., MARTÍNEZ, M. y TEJERA, A., eds. *Realidad y Mito*. Madrid: Ediciones Clásicas y Secretariado de Publicaciones de la Universidad de La Laguna, 142.

3 LEÓN BARRETO, L. (1995): «Atlantismo y magia: de San Borondón a los satélites», in *La Provincia*, 11 de mayo. Las Palmas de Gran Canaria: 36/IV.

cular proliferación del mito que se ha dado en Canarias. Incluso desde fuera de las islas, este archipiélago se ha visto vinculado al mito desde tiempos remotos, como se da cuenta en las muchas referencias que se encuentran en torno a la Atlántida, ese lugar fantástico del que nos habló Platón, que se supone sumergido en el Atlántico y del cual se cree que son las Canarias vestigios muy claros. Siguiendo a Marcos Martínez, podemos destacar que «desde Platón a nuestros días los exégetas de esta leyenda-mito se cuentan por varios millares. Dejando aparte los que niegan su existencia y creen que sólo se trata de una ficción, los autores que admiten la autenticidad del relato platónico son casi infinitos, afanándose por resolver el 'enigma de la Atlántida'. Puede decirse, sin exagerar, que el número de hipótesis de todo género acerca de la Atlántida se corresponde exactamente con el número de autores que de ella se han ocupado»⁴. A partir de ahí, el fenómeno mítico que se da en Canarias, que nace con el mito platónico de la Atlántida, se engrosa con la sucesión de leyendas que surgen en este ámbito marginal, que se halla frente a ese «vacío circundante y totalizador», del que hablaba Luis León Barreto. Dentro de ese cúmulo realmente notable de experiencias emparentadas con el mito que se advierten en Canarias, está la luz de Mafasca. Proviene este nombre de un topónimo ubicado en el Ayuntamiento de Antigua, en la isla de Fuerteventura. Según se cuenta, el origen de la luz de Mafasca guarda relación con el acto sacrílego de quemar las cruces de un camposanto para hacer fuego con ellas. A partir de ahí, esa luz aparece de noche a determinadas personas que la han visto y son testigos de su existencia. También hay otra versión científica, la que corresponde a la idea de que es simplemente fuego fatuo, que se produce por la inflamación de materia orgánica en estado de putrefacción, que forma llamas que parecen que andan por la tierra. Ésta es la explicación científica; pero no es la explicación científica la que origina el mito de Mafasca.

Para Marvin Harris, cultura es «el conjunto aprendido de tradiciones y estilos de vida, socialmente adquiridos, de los miembros de una sociedad, incluyendo sus modos pautados y repetitivos de pensar, sentir y actuar (es decir, su conducta)»⁵. El acercamiento que llevamos realizando desde hace años a la literatura canaria nos permite afirmar que esta parcela de la escritura en las islas supone uno de los mejores exponentes para aprehender el alcance de esa cultura en este entorno concebida como lo hace Harris. En nuestra literatura insular está el mito, la cultura y la ficción literaria. No creemos

4 MARTÍNEZ, M. (1992): *Canarias en la mitología*. Santa Cruz de Tenerife: Centro de la Cultura Popular Canaria, 127.

5. HARRIS, M. (1995): *Antropología cultural*. Madrid: Alianza, 20.

que exista otra expresión humana más favorecedora del mito que la literatura. En ésta se han proyectado los motivos que alientan los mitos, lo cual origina que en gran medida muchas obras tengan un referente conocido, hasta cierto grado un punto de contacto cultural común que no perjudica, sin embargo, al anhelo de Lévi-Strauss, apuntado al comienzo de este trabajo, de que no llegue a consolidarse una homogeneización cultural que atente contra la diversidad cultural. Al contrario, basta con observar solamente la propia realidad de la literatura que se ha escrito en lengua española para apreciar el alcance de la diversidad que en una misma lengua se establece; a pesar de tener tomas de contacto comunes, entre las que cabe el mito. En la creación literaria, cualquier motivo —por supuesto, el mito— se trata de manera diferente según el autor que lo actualice, que estará situado en un contexto determinado y cuya obra va a responder, con muchas probabilidades, a la identidad cultural que sea propia de ese contexto. Es más, la recreación de esa escritura ha de contemplar necesariamente la recepción del lector, bien inmerso en la misma cultura que el autor o en otras culturas diferentes, lo cual hace que la posible homogeneidad cultural de la que hemos partido como hipótesis, desde el punto de vista de la actividad literaria en la que, como hemos subrayado, el mito cobra un realce muy significativo, no se considere siquiera como algo futurible. La literatura apuesta por la diversidad, hasta el punto de que toda experiencia lectora nos remite a una singular identificación personal de cada lector con la obra que actualiza. Hans Robert Jauss en su tratado teórico *Experiencia estética y hermenéutica literaria*, apunta hacia la consideración de que esa experiencia estética es un proceso de descubrimiento constante que se origina gracias al interesante proceso que todo receptor de una obra lleva a cabo para satisfacer sus apetitos literarios: «La forma de mirar ajena abre a la propia —que, llevada por el texto, se entrega a la percepción estética— ese horizonte de experiencia, que es el mundo visto de otra manera [...] la mirada humana, por su propia naturaleza y por interés, no se conforma [...] con lo que se le ofrece de inmediato y está expuesta a la seducción de lo ausente y a extraer lo todavía oculto»⁶. Precisamente, para ejemplificar esa actualización de un desenmascaramiento literario a través de un ejercicio de recepción estética, Jauss elige el mito. Se reaviva, para este autor, el placer estético cuando el mito se trae al presente y se desvela el misterio que comporta bajo el prisma de la realidad de cada lector.

La literatura, por otra parte, se sustenta en la expresión lingüística que guarda con el mito también un manifiesto nexo de unión, como bien señala Rogelio

6 JAUSS, H. R. (1986): *Experiencia estética y hermenéutica literaria*. Madrid: Taurus, 121.

Rubio Hernández: «El mito se origina en una suerte de ‘enfermedad del lenguaje’, surgida de la incapacidad que los hombres tienen de acoplar sus emociones en relación a la naturaleza dentro de los límites dados por la lengua que hablan. Es así que el recurso de la metáfora es inevitable para el hombre primitivo como único modo de conciliar sus emociones con la expresión y representación de las mismas»⁷. La identidad cultural entonces viene dada por medio de una configuración de la realidad a través del lenguaje. La literatura, pues, se convierte claramente en un mecanismo o en un vehículo que absorbe elementos representativos de una sociedad. Carlos García Gual, a este respecto, señala la función social del mito, repara en que el sentido que éste tiene es «fundamentar los usos tradicionales y las normas de convivencia, presentándoles una justificación narrativa, avalada por la tradición y aceptada por todos»⁸. La literatura, pues, asume esa función social cuando utiliza los valores simbólicos que los mitos reflejan, éstos se producen tras un proceso selectivo que ha hecho una cultura determinada de un conjunto de circunstancias que se desarrollan en su ámbito. A la literatura llegan, como si de un filtro natural se tratara, aquellos aspectos que van a caracterizar a una comunidad, ni más ni menos porque ésta los ha asumido en un desarrollo histórico particular como elementos identificadores. Esto es lo que nos ha hecho ver la recreación del mito de la luz de Mafasca por parte de J. J. Armas Marcelo desde dos ángulos: el primero atañe a la identidad cultural insular que se observa en *Madrid, Distrito Federal*, paradójicamente, cuando el espacio narrativo de esta novela se ubica, como señala el título, en Madrid, y todo hace indicar a priori que nada o poco puede tener relación con la luz de la isla de Fuerteventura; el segundo parte de la asunción de J. J. Armas Marcelo del componente insular como rasgo caracterizador de su narrativa, incluso de aquella que tiene como núcleos espaciales otros espacios que se encuentran fuera de las islas. Nuestro novelista impone la presencia de lo insular, en el caso de *Madrid, Distrito Federal* esa presencia se convierte en todo un juicio de intenciones. El autor hace desembocar en un escenario madrileño el mundo mítico que se inserta en la cultura de estas islas. Marcos Martínez subraya en otro de sus trabajos dedicados al estudio del mito, «Islas míticas», la relación manifiesta que se establece entre este concepto e isla:

7 RUBIO HERNÁNDEZ, R. (1984): «Los inicios de la interpretación antropológica del mito», in *El mito ante la Antropología y la Historia*, J. Alcina Franch comp. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 5.

8 GARCÍA GUAL, C. (1984): «La interpretación de los mitos antiguos en el siglo XX», in *El mito ante la Antropología y la Historia*, J. Alcina Franch comp. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 34.

Si hay lugares especialmente adecuados a lo imaginario son las islas. Al ser universos cerrados, replegados sobre sí mismos, lo maravilloso existe fuera de las leyes habituales y en condiciones especiales. Por lo regular, la isla siempre se ha considerado como el lugar privilegiado para la aparición de fenómenos naturales, el surgimiento de situaciones humanas poco corrientes, el desarrollo de lo exótico y milagroso, etc. De ahí que desde la antigua Grecia las islas sean los lugares predilectos para los más extraordinarios episodios divinos y humanos, desde las aventuras de los Argonautas hasta el regreso de Ulises, pasando por las andaduras de un Heracles o los avatares de un Eneas. En toda esta literatura de viajes míticos la isla, como espacio mítico, es una de sus constantes más características⁹.

J. J. Armas Marcelo, consciente del valor mítico que posee Canarias como espacio donde se registra una constante pervivencia de lo mágico, utiliza este material para insertarlo hábilmente en otro contexto cultural. En cierta manera, lo que más nos sorprende de esta novela de J. J. Armas Marcelo es el entramado que elabora enlazando esa experiencia extraordinaria que el autor trae consigo de las islas y la visión de un Madrid apasionante sobre todo por sus personajes, que se desenvuelven en una esfera enigmática donde sobresale una resignada frustración como forma vital de entender la existencia. La isla, o con mayor propiedad la imagen mítica que surge de ella, atraviesa Madrid, esa esfera, esos personajes, acentuando el enigma en sus vidas, el misterio que proviene de lo anormal, de lo que está más allá de la explicación lógica y que tan bien se encausa en la ficción literaria. Luis Gómez Canseco, a este respecto, afirma:

La clave de toda esta supervivencia a lo largo de siglos está en la capacidad del mito para captar la realidad y presentárnosla próxima. El mito es, en último término, un modo de conocimiento [...] la enseñanza que surge del mito no es preceptiva ni unívoca. Muy al contrario, su esencia es la multiplicidad que nace precisamente de su vinculación profunda a la poesía. El mito surte de fábula a la literatura y ésta, a su vez, genera y regenera el mito. En último término, el mito heredado, aprendido y reconstruido contribuye a la creación de nuevos mitos, los mitos personales y, más allá, al nacimiento del mito de sí mismo que cada autor ofrece en su obra¹⁰.

Los autores seleccionan de la realidad aquellos datos que consideran idóneos para ser sometidos al acto de recreación literaria. La realidad es inago-

9 MARTÍNEZ, M. (1997): «Islas míticas», in Díez de Velasco, F., Martínez, M. y Tejera, A., eds.: *Realidad y Mito*. Madrid: Ediciones Clásicas y Secretariado de Publicaciones de la Universidad de La Laguna, 29.

10 GÓMEZ CANSECO, L. (1994): «Introducción. Anotaciones sobre el papel de la mitología en la literatura», in GÓMEZ CANSECO, L., ed.: *Las formas del mito en las literaturas hispánicas del siglo XX*. Huelva: Universidad, 19-20.

table y cambiante, lo cual convierte en tarea inconcebible aprehender todos y cada uno de los detalles que esa realidad pone a disposición de los creadores para formalizarla estéticamente a través de la escritura; pensemos, por ejemplo, en Proust y su obsesión de minucioso observador en su excepcional *En busca del tiempo perdido*. Justamente, la selección que lleva a efecto de la realidad J. J. Armas Marcelo es una selección que no pierde de vista el concepto de la insularidad, de su insularidad, pues el autor exhibe un apego esencial como novelista a un mundo muy suyo, muy propio. Si observamos la evolución que ha experimentado la obra narrativa de J. J. Armas Marcelo, podremos establecer dos etapas: la primera de ellas, que abarca desde su novela inicial, *El camaleón sobre la alfombra*, publicada en 1975 y premiada con el premio Galdós, hasta la publicación de *El árbol del bien y del mal*; en esta primera época se halla muy presente la indagación sobre el universo insular, el novelista fabula en torno al ámbito cultural y sociohistórico de las islas, de hecho la utilización por su parte de la novela histórica redundante en este aspecto —hemos señalado en otra ocasión el significado que tiene la historia insular para los autores de la Narrativa Canaria de los Setenta, entre los que se cuenta J. J. Armas Marcelo: «Como si de un acontecer lógico se tratara, el diseño general de comprensión social y personal que se distingue en esta narrativa canaria concita en los autores un deseo de explicar su realidad que se vincula con una profundización en su historia»¹¹. La segunda etapa se sitúa a partir de *Los dioses de sí mismos*, de 1989, Premio Plaza & Janés de novela, hasta la actualidad. En esta etapa ya no es el universo insular de Canarias el referente espacial por antonomasia de la narración; sin embargo, J. J. Armas Marcelo mantiene en su novelística una relación cultural con el contexto insular de nuestras islas que singulariza su escritura. El ejemplo, a nuestro juicio, más revelador en este sentido es el de *Madrid, Distrito Federal*, una novela en la que se entremezclan los conceptos que hemos intentado desarrollar hasta ahora en este trabajo: el componente mítico, la identificación cultural a través de éste y, por último, la importancia que tiene la fábula y el lenguaje —la literatura— como vehículo de transmisión y de consolidación de esa identidad cultural que tiene uno de sus sustentos en el mito.

11 QUEVEDO GARCÍA, F. J. (1995): *Constantes de la narrativa canaria de los setenta*. Las Palmas de Gran Canaria: Universidad, 102.

2. Una versión literaria de la luz de Mafasca

Madrid, Distrito Federal es una novela eminentemente urbana, en la que el protagonismo de los personajes queda, si no relegado, sí condicionado por la intención del autor por ofrecer un testimonio literario de la ciudad en la que reside y en la que desarrolla fundamentalmente su actividad profesional desde hace años. A pesar de ello, no podemos perder la perspectiva de la relevancia que J. J. Armas Marcelo le concede en ese testimonio narrativo del que hablamos al entorno humano, al ambiente, más que al espacio físico, para comprender la recreación de ese Madrid que tanto apasiona a nuestro escritor hasta el punto de rendirle este homenaje que, en cierto modo, es esta novela. Sí, porque ese Madrid que aparece en el relato más que un ámbito físico, espacial, es un conglomerado de personajes que se mueven enhebrando la ilusión y la angustia existencial en un territorio que, más que determinarlos, son ellos los que lo conforman. De esas figuras atrayentes que delimitan el espacio madrileño, adquiere especial dimensión la de Patricio Crown, también llamado el Coronel Lawrence, por Lawrence de Arabia. Una historia pende del pasado misterioso, como todo lo que a este personaje concierne, de Patricio Crown. En esa historia se cuenta la obsesión febril que siente por el continente africano, en el que llevará a cabo la aventura de la búsqueda de pozos de petróleo bajo las extensas dunas de arena del desierto del Sahara:

De modo que al regresar al Sahara llevaba consigo (o eso es lo que imaginaba claramente Leo Mistral) todos los documentos copiados, las notas de los libros leídos y la intuición de que en el desierto del Sahara estaba esperando el resto de su gran destino. Cuando de tiempo en tiempo el recuerdo de la cherifa tangerina se abría camino en su memoria, Crown se desahogaba hasta mantener consigo mismo combates interiores que alguna vez degeneraron al menos en apariencia en un padecimiento epiléptico. Pero en el momento de la recuperación, el Coronel Lawrence debía espantar el fantasma de su padre retratado en el espejo del camarote del *Lusitania* como se espanta a las moscas: de un manotazo y dejándolas que vuelen lejos. Así que es muy probable que antes de marchar al Sahara con la convicción de no volver jamás a Inglaterra, Patricio Crown debió de haberse entretenido por un largo tiempo, tal vez años, en organizar meticulosamente su oficina de broker petrolero y en situar todos los documentos de su investigación en perfecto orden, dispuesto como estaba a marchar como un explorador y pionero británico, como un capitán intrépido, a la conquista de los infiernos petroleros del Sahara¹².

12 ARMAS MARCELO, J. J. (1994): *Madrid, Distrito Federal*. Barcelona: Seix Barral, 137-138.

La incorporación del mito de la luz de Mafasca en el desarrollo narrativo de *Madrid, Distrito Federal* no está ni mucho menos forzada, éste es uno de los elementos más valorables del trabajo que en esta novela ha realizado J.J. Armas Marcelo. De Patricio Crown, ese enigmático personaje mitad explorador mitad broker del negocio petrolero, le resulta verosímil al lector, dada la extrañeza que rodea todos sus actos, que haya vivido esa experiencia del Sahara. Nos lo imaginamos así, enardecido entre las arenas del Sahara, buscando el petróleo que lo enriquecerá. Justamente ahí, en el Sahara, Patricio Crown escucha una historia procedente de una isla cercana, una isla que tiene el nombre de Mafasca. En la novela, el referente espacial de Fuerteventura se denomina así, Mafasca, con lo cual se incentiva más aún el grado de identificación cultural con el mito que el autor transmite en *Madrid, Distrito Federal*. Allí, en esa isla de Mafasca que está a escasas millas de la costa sahariana, según le cuenta seguramente algún isleño, existe la leyenda de una luz que «flotaba en las noches de cielo claro y sin nubes»¹³. Patricio Crown viaja a la isla y conoce de cerca la historia de la luz de Mafasca, que se llega a convertir para este personaje en una obsesión tan fuerte como la del petróleo bajo el desierto sahariano. Patricio Crown quiere no sólo escuchar las versiones que le dan de la luz de Mafasca, quiere verla, quiere conocerla, saber la verdad que encierra el mito: «Con la impenetrable y serena tenacidad que caracterizaba su paciencia, Crown penetró en el laberinto de la leyenda para desentrañar el verdadero rostro de Ada y no dudó en ningún momento con hacerse a la costumbre de visitar diariamente el territorio de la luz de Mafasca a pesar de las muecas de advertencia que muchos de sus confidentes le hacían en sus diálogos con él»¹⁴.

J. J. Armas Marcelo ha recreado literariamente el mito de la luz de Mafasca integrándolo plenamente en un escenario a priori alejado del entorno insular que esta luz caracteriza hasta el punto de convertirse en uno de sus rasgos identificativos. Para ello utiliza a Patricio Crown, él es el vehículo a través del cual el autor consigue hábilmente que esa transposición no esté ni mucho menos obligada. Al contrario, la extraordinaria historia que se relata se introduce, con todo el carácter excepcional —insistimos en ello— que en sí conlleva, de una forma tan ajustada a la urdimbre novelesca que va a constituirse como la clave fundamental del relato, aquélla que va a facilitarnos la resolución de la complicada trama que el autor establece en *Madrid, Distrito Federal* en torno a las relaciones que se dan entre los personajes de la novela.

13 *Ibid.*, 139.

14 *Ibid.*, 146.

Jorge Rodríguez Padrón, en *Una aproximación a la nueva narrativa en Canarias*, apunta la siguiente reflexión crítica sobre la obra de J. J. Armas Marcelo:

La sabiduría novelesca de J. J. Armas Marcelo está en la forma de conducir al lector por esos laberintos de un territorio de ficción acotado desde el principio; y hacerle sentir, con las modulaciones de su discurso, primero, el agobio y el desconcierto experimentado por el propio escritor; más tarde la miseria oculta en una forma de vida y en unos seres que se niegan a ser ellos mismos, y se enmascaran hipócritamente en una pantomima grotesca; y por último, con las cartas ya a la vista, dejar ante el lector –sin defensa alguna posible– a esos personajes tan miserables como desvalidos que pueblan su universo novelesco y le otorgan indiscutible personalidad¹⁵.

La publicación de este trabajo básico para el estudio de la narrativa en Canarias se realizó en 1985. Ya desde entonces Jorge Rodríguez Padrón supo ver las características propias de la escritura de nuestro novelista hasta esos momentos y adelantarse a la que había de hacer posteriormente, porque, en efecto, si observamos el engranaje narrativo de *Madrid, Distrito Federal*, podemos aplicar perfectamente los aspectos críticos que nos señalaba Jorge Rodríguez Padrón. Como ejemplo, el diseño laberíntico de la narración, convertida en un «territorio de ficción acotado desde el principio». El componente enigmático que es una constante desplegada con insistencia por parte del autor en este relato, encaja a la medida en el trazado laberíntico que ha sido organizado por J. J. Armas Marcelo. Ahí, en ese organigrama que configura la novela sobre la base de una estructura laberíntica, plegada a los enigmas que nacen de los singulares personajes que dan vida a ese Madrid que se recrea, tiene cabida el mito de la luz de Mafasca como un elemento que va a contribuir a que se intensifique esa sensación de viaje extraordinario que se lleva a cabo a través del laberinto. Este viaje –es otra de las propuestas que el autor efectúa a la hora de dar a conocer esta otra visión de Madrid–, más que una visita por los espacios físicos, lo es por un ámbito compuesto por unos seres enfrascados en una dialéctica existencial entre el deseo y la insatisfacción, todos cómplices y a la vez víctimas de una fábula esperpéntica de la sociedad en la que viven. Sólo hay un personaje que parece estar por encima en ese entorno que se forma y se deforma grotescamente en función del estado de ánimo del resto de las creaciones. Se trata del mefistofélico Patricio Crown, ese aventurero que desde las arenas del Sahara llega a la isla de Mafasca a

15 RODRÍGUEZ PADRÓN, J. (1985): *Una aproximación a la nueva narrativa en Canarias*. Santa Cruz de Tenerife: Cabildo Insular de Tenerife, 249.

encontrarse con Ada, como así se denomina en la novela a la mujer que se hace luz:

Ada (él la llamaba así porque de esa manera la había nombrado Patricio Crown en la visita que hizo a su casa) había sido según sus propios registros imaginativos una mujer de origen remoto, no isleño desde luego, que llegó a Mafasca acompañando a un profesor francés de la Universidad de la Sorbona de cuyo nombre no hizo alusión jamás. Se instalaron tan sólo por un tiempo en aquella parte de la isla en la que luego brillaba la luz en las noches limpias y escogieron una pequeña casa junto al mar hasta donde llegaban las olas de las mareas altas [...] la pareja tuvo una hija bellísima que bendijo el lugar con una esencia de placidez más allá de la magia y a la que nadie daba explicación alguna [...] Pero ocurrió que en uno de esos días apacibles que transcurrían con el mismo calor y la misma cadencia agradables que el anterior y el anterior al anterior, la niña de Ada fue repentinamente arrebatada por las olas del mar de Mafasca que se la llevó hasta sus profundidades sin que la mujer se percatara de la desgracia [...] Cuando Ada murió en Mafasca ya habían fallecido todos los que vivieron la tragedia de su hija, y en ese mismo momento la costa en la que la niña había desaparecido bajo las aguas era pasto de la leyenda para las generaciones nuevas de pescadores que habitaban los alrededores del territorio respetado como un tabú religioso del que pocos se atrevían a hablar a cara descubierta [...] Lo que los isleños no supieron nunca del todo es que Patricio Crown logró pasado el momento de las desconfianzas un pacto con el alma en pena de Ada que seguramente le dio la verdad exacta de su historia. Su locura lo comprometió a sacarla de allí cuando conoció el pecado inclasificable de la mujer convertida en llama de la noche y quedó enamorado de la belleza de la luz hasta el punto de que, según las trazas seguidas por Leo Mistral, la sacó clandestinamente de la isla y se la trajo a Madrid, Distrito Federal, con el desorbitado objetivo de devolverla a la vida una vez que encontrara en esta ciudad a alguien lo suficientemente ambicioso que cediera por su propia voluntad el cuerpo de una niña que vendría a dar fin al encantamiento de Ada, recuperándole además el cuerpo y el alma, y la vida tal como la había llevado en Mafasca junto a su hija arrebatada por el mar¹⁶.

Aquí en estos fragmentos queda recogida la versión que J. J. Armas Marcelo hace del mito de la luz de Mafasca en *Madrid, Distrito Federal*. Como apreciamos, este mito traspasa los límites de la insularidad cuando Patricio Crown convence a la luz para llevársela consigo a Madrid, a Ada, una «mujer convertida en llama» por el dolor sufrido a causa de la trágica desaparición de su hija «bellísima que bendijo el lugar con una esencia de placidez más allá de la magia y a la que nadie daba explicación alguna». Esta versión literaria

16 ARMAS MARCELO, J. J. (1994): Op. cit., 142-147.

de la luz de Mafasca concluye con la recuperación, tal y como le había prometido el diabólico personaje de Patricio Crown a Ada, de su hija, convertida en una estrella del ballet clásico llamada Tulia Santomé. Para que pudiera revivir, Patricio Crown consiguió que un padre —otro de los personajes, en este caso un compositor llamado Willy Luarca, que en la novela viven en pos de un espejismo— le diera a su hija, precisamente una prometedor figura de ballet, a cambio del éxito que perseguía, un pacto mefistofélico que aclara el entramado novelesco que ha trazado el autor: «para Mistral no había la menor duda de que aquellos encuentros furtivos habían acelerado el proceso de enamoramiento en el que Willy Luarca entregó al Coronel Lawrence su propia voluntad y todos sus sueños, primero, y más tarde consintió en cambiar la vida de su hija mayor por la fama y el dinero que Crown probablemente le prometió sin medida alguna»¹⁷.

La historia de Ada, la luz de Mafasca, que recupera en Madrid a su hija en la figura de Tulia Santomé, gracias a la intercesión del enigmático Patricio Crown, representa la recreación que J. J. Armas Marcelo ha llevado a cabo en esta novela del mito de esa luz de la isla de Fuerteventura. Esta recreación que incorpora el mito a la fábula literaria —como ya hemos apuntado, un terreno proclive para que se desarrolle y se afiance como elemento de identidad cultural—, pone de manifiesto, en primer lugar, que el novelista mantiene, entre las constantes literarias que lo caracterizan, la identificación con el ámbito insular que tan bien maneja en su narrativa. En segundo lugar, como correlato de lo anterior, tenemos que insistir en la habilidad que ha demostrado J. J. Armas Marcelo para entroncar ese universo insular, donde el componente mágico se despliega con extraordinaria vitalidad, con el ámbito de Madrid que constituye el espacio central del relato. Para ello ha recurrido a un enlace, el personaje de Patricio Crown, al que le otorga una capacidad de dominio sobre el resto; todo aquello que a él concierne, repercute de manera decisiva sobre los demás: «‘Lo único que a Lawrence le importaba’, me confesó Mistral, ‘era la realización de su poder sobre nosotros, traducirlo en la voluntad de los personajes que manejaba a su antojo, sin distinción entre el bien y el mal que hacía’»¹⁸. A pesar de que *Madrid, Distrito Federal* responde en cuanto a su estructura a una concepción de novela de conjunto, más que a una narración en la que el protagonismo de un personaje sobre otros sea abrumadora —sobre todo porque se impone la ciudad y su mundo como la entidad prioritaria en el relato—, es cierto, sin embargo, que el personaje mefistofélico del Coronel

17 *Ibid.*, 104.

18 *Ibid.*

Crown en la novela tiene una función que va más allá de la de todas las demás ficciones que se dan cita en la obra. Esto se explica, fundamentalmente, desde un punto de vista estructural: es un personaje que funciona como engrace de las diversas historias que se desarrollan en el texto. Y al mismo tiempo, desde un plano simbólico, este personaje simboliza el misterio, el enigma, el laberinto, el mito; que son, sin duda, claves de reconocimiento del entramado novelesco que elabora J. J. Armas Marcelo.

Francisco Rodríguez Adrados, en «El mito griego y la vida de Grecia», analiza la relación que se establece entre mito y literatura, abordando aspectos teóricos de tanto alcance en relación a estos conceptos como el tratamiento de la realidad y de la ficción: «[...] los grandes problemas de la vida humana se elucidaron por los poetas de los distintos géneros sobre la base del mito. Estamos tan acostumbrados a ello que casi ni notamos que la descripción de la vida humana y la reflexión sobre ella no nació en Grecia de la observación directa de la misma: nació de la presentación de prototipos como son las figuras del mito y de la especulación en torno a ellos»¹⁹. Como ejemplo, le debemos a Esquilo, a Sófocles y a Eurípides no sólo la reelaboración literaria del mito de Orestes que llevaron a cabo en sus obras, sino también esa «descripción de la vida humana y la reflexión sobre ella», a la que se refiere Rodríguez Adrados. A través de la recreación del mito que se establece en la creación literaria, se percibe una realidad que ha de entenderse desde el ángulo de la cultura en la que se inserta. Hemos querido reconocer en *Madrid, Distrito Federal* este proceso de reelaboración de la realidad a través del mito, sobre todo porque representa la manifestación del valor literario que encierran determinadas circunstancias vinculadas al lado mágico de las islas, si se adecuan en un texto, tal y como lo hace J. J. Armas Marcelo en esta novela. Si la literatura es más que una expresión lingüística, es paradigma de una identidad cultural, este novelista canario ha logrado recrear esa identidad con la imagen literaria que ha escrito de la luz de Mafasca.

19 RODRÍGUEZ ADRADOS, F. (1984): «El mito griego y la vida de Grecia», in *El mito ante la Antropología y la Historia*, J. Alcina Franch comp. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 67.